

Iglesia en Marcha

Año XIV , N° 120 Edición Especial / 2004
Arzobispado de Santiago de Cuba



**¡El Señor ha estado
grande con nosotros
y estamos alegres!**

Sumario

3. Clausura del Año del Bicentenario
4. Homilía de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino
9. Palabras de Mons. Favalora
12. Reseña de la Reinhumación de Mons. Joaquín Osés de Alzúa y Cooparacio
13. Bicentenario de la Arquidiócesis
Breve Episcopologio (final)

Semana Social Católica

18. IX Semana
21. Gesto Público
24. Mensaje del Santo Padre a la IX Semana Social
26. Para el Camino de la Paz en Cuba... A modo de conclusión de la IX Semana Social.

Iglesia en Marcha

Boletín Bimestral de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, miembro de la UCLAP-Cuba.

Dirección y Redacción: Mons. Pedro Meurice, María A. Navarrete, María C. Campistrous, Mercedes Ferrera, María C. López. **Colaboraciones:** Antonio López de Queralta **Fotografía:** Pedro Amador, Mercedes Ferrera, MCS Arquidiócesis de Camagüey. **Suscripciones:** Víctor A. Padrón Rodés, Arzobispado de Santiago de Cuba. **Diseño e Impresión:** Medios de Comunicación Santiago.

Los trabajos presentados en el Boletín no reflejan necesariamente el criterio del Consejo de Redacción.

«Clausura del Año Bicentenario»

...Y efectivamente, con nuestra autoridad Apostólica, por el mismo tenor de las presentes, a honra y gloria de Dios todopoderoso, y de la Beatísima Virgen María, y de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y para la exaltación de la Fe Católica, y decoro de toda la militante Iglesia, erigimos e instituímos respectiva y perpetuamente, a...la Iglesia Episcopal aquí antecedentemente expresada a saber: de Cuba... en Iglesia Arzobispal y su silla hasta ahora Episcopal, en silla Arzobispal...

*Bula de S.S. Pío VII
24 de noviembre de 1803*

Así quedaba erigida nuestra Arquidiócesis de Santiago de Cuba, Primada de Cuba; acontecimiento que como Iglesia hemos celebrado a lo largo de todo este Año Bicentenario, y que con la Eucaristía del 28 de noviembre, primer domingo de Adviento, en nuestra S.I. Catedral, presidida por Mons. Pedro Meurice Estíu y concelebrada con Mons. John C. Favalaria, arzobispo de Miami y Mons. Roberto González Nieves, arzobispo de San Juan-Puerto Rico, todos los arzobispos y obispos cubanos, y sacerdotes de nuestra Arquidiócesis, se cerraba.

En este tiempo nos hemos acercado desde diversas perspectivas a la historia de nuestra Iglesia, del pueblo de Dios que peregrina en estas tierras santiagueras: la Cátedra Pérez Serantes del Instituto Pastoral de Formación; las páginas de nuestro Boletín que abrió su espacio a la vida y labor pastoral de los obispos y arzobispos, y a la fecunda vida de religiosas y de laicos que hicieron crecer el Reino de Dios en nuestra Arquidiócesis. Nos hemos acercado a la historia como un único pueblo de Dios, *en que hay unos que tienen la misión de enseñar, de gobernar, de santificar, de administrar; y todos juntos somos el único pueblo de Dios, unidos por y en el Espíritu Santo a Dios Padre y a su Hijo (Homilía Mons. Pedro Meurice, 23-11-03)*. Y lo hemos hecho no como un simple repaso o mera recordación del pasado con sus dolores y glorias, sino sobretodo, como acción de gracias por la presencia del Señor en medio de nosotros a lo largo de estos siglos; para poner en sus manos el actuar, el caminar misionero y pastoral de nuestra Iglesia Arquidiocesana, hoy, aquí y ahora.

De una Iglesia que se comprende a sí misma como pueblo de Dios; pero que necesita para ser realmente comunidad que propicia el encuentro de cada hermano con la persona de Jesús, *impregnarse de Dios, convertirnos en Comunidades del Espíritu, en comunidades donde prevalezca el amor... Convertirnos en discípulos, prestos a escuchar la Palabra, capaces de estar a solas ante Dios, en "diálogo filial"... Transformarnos en Iglesia amorosa, de comunión y de alegría, capaz de extasiarse ante la existencia, salir de sí misma y sentirse plenamente confiada delante de su Creador y Padre... Comunidades que experimentan a Dios y están dispuestas a compartir esa experiencia con todos los hombres de hoy... Comunidades que se entregan con la radicalidad necesaria, a la causa de Dios en la realidad poco brillante de cada día (Hacer Pastoral Doscientos Años Después, H. Luis Franco A).*

De una Iglesia que se sabe semilla del Reino en medio de su pueblo, porque es parte de él, y acepta ser testigo de la Verdad, acepta ser voz de los que no tienen voz, y asume el riesgo. Que denuncia y anuncia, pero que tiende puentes de reconciliación y de amor entre todos los hijos e hijas de Dios. Que acepta el reto de *favorecer, mediante la formación cívica y religiosa, la educación integral de cuantos ser acercan a la Iglesia con ansias de crecer en humanidad, contando para ello con la colaboración generosa de los misioneros, catequistas y laicos comprometidos y fomentando la promoción humana y la asistencia social de los más necesitados (Mensaje de S.S. Juan Pablo II)*. Que descubre la gran necesidad que como Iglesia tenemos de prepararnos en *el estudio y aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia para iluminar serenamente todos los ambientes de la sociedad cubana a través de un diálogo pacífico y la convivencia fraterna, donde predominen la libertad, la justicia, la verdad y el amor (Mensaje de S.S. Juan Pablo II)*.

Por eso, con la alegría del salmista cantamos:

¡El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres! (Sal 126,3)

Homilía de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino

Arzobispo de La Habana

en la Eucaristía de Clausura del Año del Bicentenario

28 de noviembre del 2004, S.B.M.I. Catedral Santiago de Cuba

• • • • •

Excelentísimo y querido Mons. Pedro Meurice Estiu, Arzobispo de Santiago de Cuba y Primado de Cuba, queridos hermanos Arzobispos y Obispos, queridos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, queridos hermanos y hermanas:

Esta celebración por el Bicentenario de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba coincide con el comienzo del Adviento del año 2004. Adviento es un modo abreviado de decir advenimiento, que no significa otra cosa que llegada. Estamos habituados a repetir cada año lo que es cierto: el Adviento es un tiempo de espera y de esperanza, durante el cual aguardamos de modo especial la venida del Señor, la coronación gloriosa de su obra de salvación, cuando convoque a todos los hombres de todos los tiempos para decirles una palabra final de misericordia y de justicia con valor de sentencia definitiva. Esperamos que Cristo vuelva como Rey y Señor porque ya vino, hace dos mil años, pobre y pequeño, en Belén de Judá. Jesús nos habló allí de ternura, de cercanía, de intimidad. Y así estas cuatro semanas de Adviento nos preparan también para conmemorar en la fe el nacimiento de Jesús en la próxima Navidad y despertar nuestro espíritu para descubrirlo presente hoy y siempre en medio de nosotros.

Lo cierto es que, al inicio del Adviento, hay una consideración del tiempo como realidad apremiante, que no puede ser intrascendente, cargada de sentido cuando sabemos encararla con justicia. El tiempo como desarrollo de la historia, el tiempo como duración de mi vida, el tiempo contado de la física, el tiempo largo y anhelante de la espera, el tiempo fugaz de los momentos felices. Todos estos tiempos pueden durar lo mismo cuando se les mide, pero son de distinta dimensión cuando se les sufre o se les disfruta.



En verdad la invitación del Adviento es a calibrar el tiempo, a vivirlo como espacio dado por Dios para obrar el bien, para sembrar el amor, para la alabanza del Creador, para tender hacia el futuro en la esperanza. La visión positiva del final de la historia para el profeta Isaías es la culminación de un mundo sin guerras, reconciliado y feliz.

En el relato Evangélico Jesús se refiere a la figura casi legendaria de Noé. Noé es el hombre del diluvio, el que construía locamente, con tiempo seco y sol abrasador, una inmensa nave, porque sabía que aquellos soles y aquel calor traerían lluvias torrenciales, porque miraba que el mundo estaba plagado de maldad y Dios podría inundarlo todo, borrarlo todo, y había que salvar algo. Noé no vivía distraídamente su tiempo. Sus contemporáneos comían, bebían, se casaban, morían. Habían sido creados por Dios y sólo experimentaban una sucesión de momentos y de días, no consideraban que en el mundo hubiera nada que salvar con esfuerzo propio, no tenían sentido de una fidelidad trascendente, sólo existían, sólo pasaban.

El Señor nos pone así ante una realidad que puede ser patéticamente actual para muchos hombres y mujeres, sometidos hoy a miserias devastadoras, que sólo les permiten pensar en sobrevivir día a día, mientras otros, disfrutando de una abundancia que embota sus sentidos, andan por caminos de despreocupación, centrados en sí mismos y en sus gustos, sin ninguna referencia a lo eterno, a lo trascendente.

En el Evangelio de San Mateo Jesús nos presenta la llamada de atención que lleva en sí misma la figura de Noé al hablarnos del hombre y la mujer distraídos, disipados, entretenidos en los quehaceres ordinarios, en trabajos rutinarios, cerrados en el círculo estrecho de su vida laboral, afectiva, social, pero sin apertura a Dios, sin referir el tiempo de su vida al autor de la vida, que es también dador del tiempo y de la eternidad.

Pero Jesucristo no pensaba exactamente como Noé. Éste tenía en mente un acontecimiento devastador ante el cual debía salvar algo de su mundo para que perdurara; Jesús, por su parte, pone al hombre ante su encuentro con Dios, cuando llegue el momento personal o comunitario de vernos cara a cara con Él mismo. Jesús entregaba con amor radical su vida por nosotros, y nos amaría hasta el extremo de la Cruz, no para salvar algo de lo que podría perderse, sino para la salvación de todos. En la cena que contiene su sacrificio, al pasar a sus discípulos el cáliz de su sangre derramada por la multitud, el mismo que se ofrecerá sobre el altar en la celebración de esta Eucaristía, Él consume su entrega por nosotros y por todos los hombres.

Todos tenemos así abierto el acceso al Reino del amor y de la vida, pero de dos que estén juntos cuando llegue el momento decisivo, uno será tomado y el otro será dejado. Nosotros, misteriosamente, haciendo buen o mal uso de nuestra libertad, podemos responderle al Señor con una atención que dé plenitud al tiempo de nuestra vida en el amor, en el servicio, en la entrega total, o con una despreocupación que nos lleve a olvidarnos del otro y por tanto del mismo Dios.

¿Cómo han vivido este misterio de aceptación o de rechazo, de despreocupación o de encuentro fecundo con Cristo los hombres y mujeres que en estos doscientos años han poblado la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, desde aquellos momentos en que fue erigida con un gran territorio de la Isla hasta ahora que se ha multiplicado en varias diócesis en épocas más recientes? Esta pregunta que se hace la Iglesia sobre la acogida o no a Dios en la vida de los hombres es totalmente propia de su misión, porque la historia de la Salvación no es el relato de una sucesión de hechos, sino una mirada sobre la actividad del pensamiento y el sentir del corazón humano para descubrir a Dios presente en la trama de la vida de hombres y mujeres a través de los tiempos.

Por eso no pretendí nunca hacer historia al predicar en este día la Palabra de Dios, no soy además historiador y la historia tendría lugar mejor en una exposición académica que en una homilía. Cuando se dice historia se piensa siempre en acontecimientos salientes, grandiosos o dolorosos, en prohombres extraordinarios. Para muchos la historia de la Iglesia es la historia de los obispos que han gobernado pastoralmente tales o cuales diócesis, y ciertamente, es válido exaltar a esos hombres de Dios que de modo saliente se hacen inolvidables en el andar de la Iglesia a través de los siglos. ¿Cómo no detenernos hoy ante el celo pastoral de San Antonio María Claret, misionero incansable que marcó con la huella de su santidad nuestra historia? ¿Cómo no recordar en esta ocasión a Mons. Francisco de Paula Barnada, primer Arzobispo de esta Arquidiócesis en la etapa republicana, y a Mons. Valentín Zubizarreta, sabio y generoso pastor? ¿Cómo hacer un recuento del quehacer pastoral de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba en los últimos 200 años, cómo narrar la historia de la ciudad de Santiago de Cuba, de la antigua provincia de Oriente y de Cuba misma, sin mencionar la figura egregia de Mons. Enrique Pérez Serantes? La historia de esos hombres quedó fundida en nuestra historia nacional. Ellos colmaron su tiempo personal y nuestro tiempo. Pero están también todos aquellos que vivieron en el tiempo de ellos y de

otros obispos y los que han vivido hasta hoy, cuyas historias conocieron aquellos pastores o conoce su pastor de hoy ¡Cuántos despreocupados a quienes quisiéramos decir que es hora de despertarse del sueño, cuántos ocupados en sus pequeñas cosas cotidianas, envueltos en sus pensamientos a corto plazo, que tienen que ver con el desarrollo inmediato de su vida, pobre en tantos casos, más desahogada en otros, pero sin referencia aparente a Dios!

¡Cuántos otros que sufren, que esperan o desesperan, sin llegar a descubrir plenamente el amor de Dios Padre que nos envió a su Hijo para que esté con nosotros siempre, hasta el fin del mundo, y otros que, de modo ejemplar, se configuran silenciosamente en su dolor al Cristo del Huerto y de la Cruz! ¿Cómo pasaron el tiempo de sus vidas en estos doscientos años tantos hombres y mujeres bautizados o no que fueron esclavos, o que vivieron de modo miserable, o que pertenecieron a grupos más privilegiados del mundo que les tocó en suerte, ejerciendo quizás el poder económico o político, o manteniendo responsabilidades sociales? ¡Cuántos sacerdotes abnegados y santos, que entregaron su vida a este pueblo, cuántos laicos, hombres y mujeres fieles y firmes que han dado la cara por Cristo y por su Iglesia! ¡Cuántos otros, que no llegaron a conocer a Cristo como Hijo de Dios Salvador! ¡Cuántos hermanos nuestros, bautizados o no, pero anónimos!

De estos hombres y mujeres se ocupa también hoy la historia, sólo que nosotros añadimos a la preocupación meramente histórica una que es fundamental y la redimensiona como historia de la salvación. Siguiendo la simbología del relato evangélico proclamado hoy nos preguntamos: ¿cuántos de aquellos hermanos nuestros fueron llevados por el Señor y cuántos fueron dejados por Él? Es decir, ¿cómo respondieron ellos a la llamada de Dios? Pero sobre todo, ¿cuál ha sido nuestra responsabilidad, cuál es hoy nuestra responsabilidad en poner a los hombres de nuestro tiempo frente a Jesucristo? Ahí se encuentra la raíz de la misión profética de la Iglesia, despertar la conciencia del hombre de todos los tiempos al misterio insondable de Dios, anunciarle que sus pasos están guiados por el amor de Dios Creador y que su vida no es un comer, beber, casarse, trabajar y morir, sino el ámbito de encuentro con el

enviado de Dios, Jesucristo el Señor, con cuya palabra luminosa debe ser contrastado todo nuestro quehacer, toda nuestra existencia. Esa es la misión de la Iglesia en la historia: enfrentar a los hombres con los valores eternos, con las verdades inmutables, con el amor sin límite de Dios, para que el ser humano llegue a alcanzar todas sus posibilidades, descubra su auténtica dignidad, y pueda dar al Señor una respuesta amorosa de fe que le permita crecer hasta esa dimensión plena de humanidad que sólo se encuentra en Jesucristo. Porque en el Evangelio no aparece Jesús dejándonos un mensaje, sino proponiéndonos una vida nueva contrastante: *“ustedes están en el mundo, pero no son del mundo”*. La misión de la Iglesia universal, de la Iglesia en Cuba, es la de proponer a todos esa vida contrastante, que no es de este mundo, traída por Jesucristo Salvador, de parte de Dios, vida abundante en plenitud y en esperanza, que es abonada y cultivada en esta tierra y se abre a la eternidad.

Los pecados de la Iglesia en la historia consisten en la falta de coherencia de sus hijos para anunciar y vivir esa vida nueva en Cristo, sea por parte de sus pastores o de sus fieles laicos.

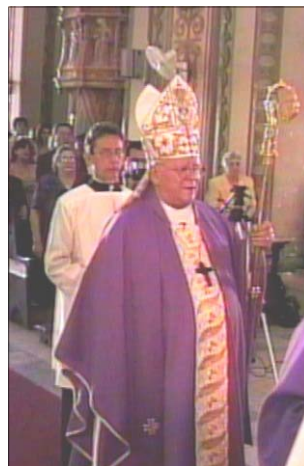
La santidad en la Iglesia no es más que haber aceptado con gozo el desafío de vivir en profunda unión con nuestro Salvador, bajo la acción del Espíritu Santo, esa vida en plenitud que Cristo nos propone. La Iglesia existe no sólo para anunciar un mensaje, sino para proponer de muchos modos a los hombres y mujeres de todos los tiempos y de cualquier lugar ese camino verdadero de vida que nos trajo Jesús, y animarlos a que lo sigan.

En esto se ha empeñado la Iglesia en esta Arquidiócesis de Santiago de Cuba en los últimos doscientos años y antes. Y éste ha sido también el esfuerzo constante de la Iglesia en Cuba durante los quinientos años de la presencia del cristianismo en nuestra tierra.

En un libro editado en Cuba, de reciente publicación, sobre la historia de la etapa republicana en nuestro país, uno de los autores entrevistados dice que la Iglesia Católica es la única institución que ha estado presente en la historia de Cuba desde el momento de la con-

quista hasta nuestros días, y es cierto. Fue la Iglesia que conoció las dificultades y la dispersión de los primeros tiempos de la conquista, la Iglesia que contribuyó a dar a la precaria sociedad naciente de entonces una visión del mundo, una ética; la que se ocupó, antes que todos, de los servicios hospitalarios, de asistencia social elemental, de enseñanza; la que dió ritmo a los tiempos con sus fiestas, conmemoraciones y duelos, la que ha acompañado el nacimiento, el desarrollo de la vida, el casamiento y la muerte de los hombres y mujeres que poblaron estas tierras; la que vió nacer, como partera y como madre, nuestra nacionalidad cubana, la que le dió a Cuba sus primeros músicos, sus primeros artistas pictóricos, la que creó cultura, universidades, seminarios y otros centros de estudios, la que se ocupó de huérfanos y pobres. Es aquella Iglesia que tuvo que desarrollar su acción bajo el patronato regio, institución del poder colonial español que parecía favorecerla y que en realidad la limitaba, la que para hacer el bien no tuvo otra opción que moverse dentro de los marcos estrechos de ese patronato, manejado a veces por manos absolutistas y despóticas, o utilizado sin reparos, paradójicamente, en pro de su ideología, por liberales a ultranza. Es la Iglesia que vio cerrados sus seminarios a los criollos, expulsados a sus religiosos, a sus misioneros, por decisión del poder colonial. La Iglesia que soportó, esperó y siempre supo estar presente, con la santidad de algunos de sus hijos y con el pecado de otros. La Iglesia que llegó maltrecha a la República, con sus templos destruidos por la guerra, utilizados casi todos, en villas y poblados, como cuarteles, por el ejército colonial; menguada en efectivos pastorales de todo orden, con pocos sacerdotes cubanos, cuyo acceso al seminario había impedido el poder dominante. Es la Iglesia que comenzó el camino republicano después de haber constatado, durante los cuatro años de la primera intervención norteamericana, que la americanización de Cuba se hacía primero bajo la dirección de los Estados Unidos y después bajo su influjo directo. Es la Iglesia que siguió presente durante la República, esforzándose por potenciar y cultivar la fe del pueblo cubano, muy religioso, pero mal evangelizado, a causa de los avatares de guerras y situaciones políticamente adversas y por nuestra desidia y despreocupación. Una Iglesia que se esforzó entonces con éxito por crear una red de escuelas,

Momentos...



que al mismo tiempo que llevaban la enseñanza elemental, secundaria y superior a decenas de miles de cubanos, les proponían los valores inapreciables de la fe cristiana. Fue la Iglesia que creaba centros asistenciales de todo tipo para la atención de ancianos, enfermos, niños abandonados o de pocos recursos y toda clase de personas necesitadas, la que se esforzó por desarrollar el apostolado de los laicos, su participación activa y comprometida en la vida y la acción de la Iglesia y su compromiso con el medio social.

Todo esto lo ha hecho la Iglesia en Cuba, desde el principio, como participante activa de la sociedad, no como institución al margen, espectadora o reguladora, sino tomando parte, con todos los riesgos que esto trae, en el quehacer del pueblo del cual se ha sabido y sentido realmente parte integrante. Una Iglesia que supo resurgir una y otra vez de lo que parecían cenizas.

Y así vio aparecer de nuevo otras horas difíciles en la segunda mitad del siglo XX: sus instituciones de enseñanza o de asistencia social perdidas todas o casi todas por decisión estatal, sufriendo de nuevo la drástica disminución de sus efectivos pastorales por la partida forzosa o motivada por las circunstancias adversas, de sacerdotes y religiosas. Vio también entonces la Iglesia su presencia social y su prestigio súbitamente disminuidos; pero continuó, como siempre, estando presente, siguió esperando en su Señor, volvió a repetir la proeza de resurgir de lo que parecían las ruinas de aquello que había levantado con mucho esfuerzo, para erguirse de nuevo y seguir contrastando la vida de los hombres, de los más comunes, sencillos y pobres, de los responsables de la sociedad, de los cristianos y de los no cristianos, con la verdad perenne del Evangelio, con los valores que Cristo puso muy en alto y que exaltan la dignidad humana, y siguió proponiéndoles a los hombres y mujeres de Cuba una vida en plenitud, y aceptó de nuevo el desafío de que su mensaje contrastante, no mimético, fuera rechazado e incomprendido una vez más.

Pero sobre todo, es la misma Iglesia Católica de siempre, que ha sabido seguir amando y sirviendo a todos en nuestro pueblo.

Cuando el Señor reunió a los suyos en aquella última cena que Él ansiaba tanto comer con

sus discípulos, les dijo que permanecieran en el amor. La acción profética de la Iglesia en Cuba, su misión de proponer a los hombres una vida totalmente diversa en Cristo Jesús, que contrasta con el mundo que no nos conoce, y que puede aún odiarnos, se ha llevado a cabo sin interrupción porque la Iglesia en Cuba se ha empeñado en guardar aquel mandamiento que nos dió Jesús en su última cena, como parte de su testamento glorioso: *“Permanezcan en mi amor”*. Permanecer en el amor frente a la incompreensión y el rechazo, permanecer en el amor buscando caminos para el diálogo y la comprensión entre todos los que formamos parte de esta nación cubana, unidos en este esfuerzo a muchos hermanos nuestros que viven fuera de Cuba, de lo cual son vivos testigos estos hermanos nuestros, obispos, sacerdotes y laicos que nos visitan hoy. Permanecer en el amor cuando son muchas las voces de odio, de venganza o de ira que se levantan de un lado y de otro, permanecer hablando de amor, cuando nadie parece creer ya en él. Esta es también misión esencial de la Iglesia.

Toda mirada sociológica sobre la Iglesia, lanzada desde dentro o desde fuera de ella, que no considere la fe de sus hijos, que no tenga en cuenta el amor que ella guarda y promueve en el decursar de la historia humana, será una aproximación insuficiente, pobre, miserable a veces, e injusta casi siempre, a lo que es la Iglesia que Cristo nos ha dejado.

La Iglesia que nació del costado abierto de Cristo Jesús en lo alto de la Cruz, está siempre, como su Señor, manando de sí el agua del bautismo y la sangre de la Eucaristía, lavando a los hombres de sus inmundicias, purificándolos de sus pecados y alimentándolos con el Cuerpo y la Sangre del Señor, llenándolos de vida nueva e infundiéndoles el Espíritu Santo que los levante más allá de la dureza de su corazón, de la comodidad o de la despreocupación, hasta las cumbres del sacrificio, de la entrega, del amor sin condiciones. No hay ningún otro programa de ninguna organización de las que existen en el mundo de hoy que tenga una propuesta vital de este género, capaz de hacer al hombre crecerse en humanidad, que reclame un

amor al prójimo sin fronteras, propugne el perdón como condición para la convivencia humana, y diga a los hombres que el logro de la vida se halla en la entrega y en el olvido de sí y que hay alegría en el servir y en dar la vida por los otros, que cuando la fe y el amor de Dios anidan en los corazones podemos reencontrar el camino de esa felicidad que las estructuras del mundo actual no nos pueden dar.

Ante hombres y mujeres de este talante espiritual y moral, no tienen nada que temer las sociedades y los pueblos y sí mucho de qué beneficiarse. **A los cristianos nos toca presentarnos ante el mundo como hombres y mujeres en quienes sea verificable ese talante evangélico.** Llevar a los fieles servidores de Cristo por este sendero es misión de la Iglesia, es lo que durante doscientos años ha querido hacer la Iglesia en esta Arquidiócesis de Santiago de Cuba, lo que hizo antes como diócesis, lo que seguirá haciendo en el futuro. Nadie podrá explicar esto sin mirar a la Cruz de Cristo, sin saber que el Cristo de la Cruz vence al mal y triunfa muriendo para resucitar a esa vida nueva a la cual nos invita a todos.

Por esto no celebramos nostálgicamente los doscientos años de vida de una institución que haría el balance de sus logros, de sus tiempos buenos y de sus tiempos malos y trataría de ubicar la hora presente en uno o en otro de estos tiempos. Hacemos celebración de la vida de la Iglesia, de esa vida perenne que resurge siempre, que participa del misterio de muerte y resurrección de Cristo Jesús, que se comunica en los sacramentos, que da a los hombres y mujeres de todos los tiempos esa alegría que nadie les puede arrebatarse, que cosecha flores excelsas de santidad en muchos de sus hijos y ve también crecer en su campo la mala hierba del pecado. Esto ha sido así en cualquiera de los instantes que forman ese tiempo más o menos largo de doscientos años que conmemora esta Iglesia Santiaguera, sabiendo siempre, *“entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”*, que ella está presente en la historia para proclamar y establecer un reino de justicia, de amor y de paz que no es de este mundo, pero que se afianza en él. Sabe además la Iglesia que va a permanecer siempre en el mundo desplegando este quehacer sociológicamente inclasificable, porque tiene una promesa solemne del Señor: *“las puertas del infierno no*

Momentos...



podrán contra ella”, porque ella seguirá diciendo amor, cuando muchos griten odio, y será como el Arca de Noé donde muchos vengan a salvarse de las aguas amenazantes que parecen ahogar a tantos, y seguirá advirtiendo a los hombres que no vivan sus vidas de modo intrascendente, porque Cristo marcó definitivamente la historia y está con ellos siempre y vendrá al final de los tiempos a llamar a los benditos de su Padre que hicieron el bien y amaron sin medida.

Día de acción de gracias es hoy, que lleva consigo también una llamada del Señor a despertarnos del sueño, porque la Iglesia no nació en un momento del pasado para crecer con los siglos, sino que nace cada día y crece en cada uno de nosotros cada vez que, atentos al llamado del Señor, le respondemos con presteza.

Felicitamos a los fieles católicos de Santiago de Cuba, a su querido Pastor Monseñor Pedro Meurice Estú y a su Presbiterio, por haber permanecido en el amor durante un período difícil de estos doscientos años de historia, cumpliendo la invariable y exaltante misión de la Iglesia de hacer presente a Jesucristo, fuente de vida y de Esperanza en medio de nuestro pueblo.

Queridos hermanos y hermanas Santiagueros, ustedes saben bien que las miradas de todos los hijos de Cuba se dirigen invariablemente hacia un sitio que está en esta Arquidiócesis, que se levanta entre las montañas como la Casa de todos los cubanos, porque allí está la Madre: el Santuario del Cobre, desde donde reina sobre nuestro pueblo la Virgen de la Caridad. El gozo y el privilegio de tenerla entre ustedes es también motivo de alegría, de confianza y esperanza para la Iglesia en nuestra Patria.

A la protección de la Virgen de la Caridad del Cobre, Reina y Patrona de Cuba, confiamos hoy esta Arquidiócesis primada en sus doscientos años de existencia. A Ella le dirigimos también, desde lo hondo de nuestros corazones, una oración por toda la Iglesia en Cuba, por el bien de nuestra Patria y por el triunfo del amor entre todos los cubanos.

Alabado sea Jesucristo.

Momentos...



Palabras de S.E. Mons. Juan Clemente Favallora Arzobispo Metropolitano de Miami

28 de noviembre del 2004, S.B.M.I. Catedral Santiago de Cuba

• • • • •

En esta visita a la histórica Catedral de Santiago de Cuba, que celebra el bicentenario de la elevación al rango de arzobispado, me es grato expresar la comunión y mi más profundo afecto a mis hermanos en el Episcopado, a Su Eminencia Jaime Cardinal Ortega, al Arzobispo Pedro Meurice Estú, y a cada uno de los Obispos cubanos aquí presentes. En el espíritu de la Carta Apostólica *“La Iglesia en América”*, deseo promover la unidad de nuestros dos pueblos ya que formamos parte de un mismo continente. Deseo estrechar más los lazos de solidaridad y la mutua ayuda entre nosotros. (E.A. # 5. 37). Soy portador de un afectuoso saludo de paz de parte de los feligreses cubanos, tan numerosos en la Arquidiócesis de Miami, los cuales se sienten tan compenetrados con la tierra donde nacieron y sienten con dolor las penas de su historia.

Como lo demostró el peligro de los recientes huracanes, estamos muy cerca por la geografía, pero sobre todo estamos cerca espiritualmente. Nos importa mucho la Iglesia en Cuba y todos sus ciudadanos. Oramos diariamente para que la paz, la justicia, la libertad y el amor reinen siempre más en esta querida isla de Cuba, tan necesitada de un presente y un futuro mejor para todos sus ciudadanos.



Considero un privilegio especial el poder ir como peregrino al Santuario de la Virgen de la Caridad, patrona y reina de Cuba, en el Cobre, lugar tan sagrado y querido para todos los cubanos. Allí pediré para que la Virgen María interceda por los nobles deseos y las más ansiadas esperanzas de todo el gran pueblo cubano.

Eucaristía de Reinhumación de Monseñor Joaquín Osés de Alzúa y Cooparacio Primer Arzobispo de Cuba

Los días 30 y 31 de octubre pasados fueron el momento escogido, dentro de las celebraciones por el Bicentenario de la erección de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, para acercarnos a la figura de quien fuera su primer arzobispo, S.E.R. Mons. Dr. Joaquín Osés de Alzúa y Cooparacio.

Para ello fue especialmente invitada la Dra. Ana Irizarri Aguirre, Doctora en Historia de la Universidad de Navarra, España y profesora investigadora de la Universidad de San Luis de Potosí, México, quien impartió la noche del 30 de octubre una conferencia magistral en la que nos descubrió, el actuar de un pastor que supo guiar nuestra Iglesia (entonces con un territorio muy extenso) con celo, amor y tino; y a un hombre de su época, de vasta cultura y co-



Dra. Ana Irizarri Aguirre



nocimientos, que supo abrir las puertas de su corazón a los signos de los tiempos.

Al día siguiente fueron reihumados los restos de tan insigne arzobispo en nuestra Catedral, frente al altar mayor, en Eucaristía presidida por Mons. Pedro Meurice Estíu, concelebrando Mons. Héctor Peña, obispo de la diócesis de Holguín y sacerdotes de la ciudad. En su homilía Mons. Meurice invitó a conocer más del Primer Arzobispo de nuestra arquidiócesis, quien tanto hizo por la Iglesia y sus fieles.

Estuvieron presentes familiares de Mons. Osés, quienes vinieron desde España para acompañarnos.

Breve Episcopologio (final)

Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. Fray Valentín Zubizarreta y Unamunzaga o.c.d.
Duodécimo Arzobispo de Santiago de Cuba.



Nació el 2 de noviembre de 1862 en el pueblo de Echevarría, provincia de Vizcaya, obispado de Vitoria, España.

El 11 de agosto de 1879, con sólo diecisiete años ingresó en el noviciado de Larrea, perteneciente a la orden de los Carmelitas Descalzos, en la cual profesó el 12 de agosto de 1883. Cursó sus estudios de Filosofía y Sagrada Teología en Marquina y Burgos, obtuvo notas brillantes en ambas asignaturas y esto hizo que sus superiores comenzaran a fijarse en él de una manera especial. Fue ordenado sacerdote en el adviento del año 1886.

En el año 1887 fue nombrado profesor de Teología Dogmática en el Colegio de Burgos y entre 1890 y 1892 se desempeñó como profesor de Derecho Canónico y Teología Moral en Vitoria con notable éxito.

En el año 1892 sus superiores lo nombran prior del convento de los padres Carmelitas Descalzos de Vitoria, y en 1899 era tal su fama de prudencia y santidad que el superior general de su orden lo nombró Visitador y Padre Provincial de la Orden en América, visitó todas las casas de frailes y de monjas carmelitas descalzos de este inmenso continente, hasta que en el año 1900, en que, por necesidades de la orden carmelitana fue nombrado Vicario en Santander. En 1903 es de nuevo nombrado vicario y Visitador Provincial en América desde Cuba hasta Chile.

Durante los años 1906 y 1907 se desempeñó como Prior del convento carmelitano de Burgos, de donde es trasladado a Roma como Secretario General de la Orden, y como profesor de Sagrada Teología en el Carmelitanum de aquella ciudad.

Su cultura, su prudencia, pero sobretodo su fama de santidad llegaron a oídos de S.S. el papa Pío X (hoy en los altares), quien lo nombró su confesor particular y al irlo tratando fue descubriendo en el humilde fraile carmelita la persona idónea para ocupar la dignidad episcopal. Lo nombró obispo de la diócesis de Camagüey el 25 de mayo de 1914, y le regaló entonces la cruz pectoral y el anillo que usó durante toda su vida, y que hoy forman parte del patrimonio de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba.

El 8 de noviembre de 1914, el P. Fray Valentín Zubizarreta o.c.d. fue consagrado obispo en la Iglesia de la Merced de Camagüey. Inmediatamente comenzó la labor evangelizadora en su extensa diócesis, ganándose el cariño y el respec-

to de sus diocesanos, entre otras cosas por la austeridad de su vida.

En el año 1916, fue nombrado Administrador Apostólico (Sede Plena) de la diócesis de Cienfuegos, y lo primero que hizo fue pedirle al Sr. Obispo de La Habana que le cediera al ya famoso padre Dr. Enrique Pérez Serantes para llevárselo con él a la diócesis de Cienfuegos, nombrándole Provisor y Vicario General, cargos que desempeñó con notable acierto y a plena satisfacción de su nuevo obispo hasta el año 1922. No sería temerario afirmar que para esta época ya Mons. Zubizarreta había descubierto en el joven sacerdote, un talento y santidad extraordinarios, y que al traerlo junto a sí lo fue formando y forjando hasta convertirlo en el obispo más grande y completo que tuvo Cuba en el siglo XX.

Al producirse la renuncia de S.E.R. Mons. Dr. Félix Ambrosio Guerra s.d.b. como Arzobispo de Santiago de Cuba, S.S. el Papa creyó que la persona idónea para regir la Arquidiócesis Primada era Mons. Zubizarreta y así lo nombró Administrador Apostólico (Sede Plena), y el 30 de marzo de 1925 Arzobispo de Santiago de Cuba. Tomó posesión el 28 de junio del mismo año en medio del júbilo de sus diocesanos que ya se sentían identificados con su padre y pastor.

Durante treinta y cuatro años de su vida Mons. Zubizarreta fue obispo de tres diócesis cubanas (Camagüey, Cienfuegos y Santiago de Cuba), dejando a su paso una obra tan fecunda que resulta imposible resumir en un artículo, por lo cual sólo haremos breve mención a su apostolado en esta Arquidiócesis.

Hombre de una inteligencia superior, Mons. Zubizarreta, escribió una magna obra de Teología Dogmática en cuatro tomos considerada por los expertos como una de las mejores obras escritas de esta materia antes del Concilio Vaticano II. Estos libros fueron adoptados como texto oficial en los seminarios de Cuba, y en muchos de América, así como en varias universidades europeas lo que nos demuestra su importancia. Después del Concilio Vaticano II no han perdido su vigencia, salvo en pequeñas y puntuales temáticas que han debido ser adaptadas a los nuevos tiempos.

A Mons. Zubizarreta le cabe la gloria de haber construido el actual Santuario-Basílica para

nuestra Madre y Patrona la Virgen de la Caridad del Cobre, el cual inauguró el 8 de septiembre de 1927.

El 27 de septiembre de 1931 inauguró el nuevo edificio del Seminario San Basilio Magno, muy cerca del Santuario de la Virgen y su sueño fue convertirlo en fragua y forja de sacerdotes diocesanos cubanos. Bajo su gobierno arzobispal vivió nuestro seminario los tiempos más brillantes de su larga historia debido sin lugar a dudas a que Mons. Zubizarreta le dedicó lo mejor de sus energías y de su tiempo.

Fue iniciador y propulsor de la Acción Católica Cubana, cuyos primeros Estatutos redactó con una admirable prudencia y sabiduría.

En 1936 realizó el Primer Congreso Eucarístico Diocesano dentro del cual fue coronada canónicamente por delegación pontificia la venerada imagen de la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre, el 20 de diciembre del mismo año en Santiago de Cuba.

Mons. Zubizarreta se ganó, ya en su tiempo, el nombre de Arzobispo Constructor, pues a pesar de la pobreza en que transcurrió todo su gobierno arzobispal no por eso dejó de hacer lo que pudo y así vemos que construyó el edificio del actual arzobispado que no pudo terminar, cediendo a los Hermanos de La Salle el antiguo para que éstos pudieran ampliar su magnífico Colegio. Construyó en Manzanillo el asilo P. Acevedo y encargó su dirección a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, así como los templos parroquiales de Antilla, Cueto, Velasco, La Maya, Media Luna, Campechuela, Baire y Cristo Rey en el Rpto. Marimón de Santiago de Cuba. Construyó la casa de los Padres Salesianos en Santiago de Cuba. Reparó totalmente la S.B.M.I Catedral, seriamente dañada por el terremoto del 3 de febrero de 1932, entre otras muchísimas obras.

Después de una vida llena de mérito ante Dios y los hombres, murió santamente como había vivido, el 26 de febrero de 1948 en Santiago de Cuba. Fue sepultado en el panteón por él construido para el Arzobispado en el cementerio Santa Ifigenia y posteriormente, el 18 de abril de este año Bicentenario de la erección canónica de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, sus

venerables restos mortales fueron trasladados del cementerio local y reinhumados a la derecha del altar mayor de nuestra Catedral Metropolitana.

Excmo. y Rvdm. Mons. Dr. Enrique Pérez Serantes.

Décimo tercer Arzobispo de Santiago de Cuba.



Nació en Tuy, Galicia, España, el 29 de noviembre de 1883.

Hizo sus primeros estudios eclesiásticos en el seminario diocesano de Orense, de donde vino a Cuba (La Habana) con sus padres en el año 1901. En este tiempo era Administrador Apostólico de La Habana S.E.R Mons. Dr. Francisco de Paula Barnada y Aguilar, arzobispo de Santiago de Cuba, quien por medio de los padres jesuitas conoció y trató al joven seminarista gallego, descubriendo en él una inteligencia superior y una vocación al sacerdocio muy especial, por lo cual, y a pesar de la difícil situación económica por la que atravesaba la iglesia cubana a inicios de la República, le gestionó una beca y lo mandó a estudiar en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Tal vez el venerable Arzobispo cubano tuvo la premonición de que con el decursar del tiempo sería su dignísimo sucesor en la Sede Primada de Cuba.

En Roma el seminarista Pérez Serantes llamó la atención de sus profesores y sus condiscípulos por su preclara inteligencia de la cual dio sobradas pruebas al obtener con notas brillantes los doctorados en Sagrada Teología, Derecho Canónico y Filosofía (tres borlas). En el Museo Arquidiocesano, que lleva su nombre, se conservan y exhiben sus títulos universitarios.

En 1910 regresó a La Habana donde fue ordenado sacerdote en la S.I. Catedral el 11 de septiembre del mismo año por S.E.R. Dr. Pedro González de Estrada el cual teniendo en cuenta que el nuevo sacerdote era graduado en las tres borlas lo nombró profesor de Seminario Diocesano de La Habana y le encargó que impartiera las cátedras de Latín, Historia, Filosofía y Sagrada Teología; y como si esto fuera poco le encomendó además la atención de la capellanía de las monjas del Sagrado Corazón de Jesús que tenían su colegio en la calle Tejadillo en La Habana Vieja.

Muy cerca del Seminario de La Habana quedaba el puerto donde una gran cantidad de obreros portuarios trabajaban en las peores condiciones que imaginarse pueda, quienes habían iniciado una serie de luchas para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo. A ellos se acercó el P. Pérez Serantes para ayudarlos, guiarlos y encausar su justa lucha por vías cristianas, ganándose el corazón y las simpatías de aquella buena gente. Para los obreros portuarios fundó una pequeña revista llamada "El Faro", para defenderlos y orientarlos desde de la óptica de la Doctrina Social de la Iglesia. Podemos afirmar que el P. Pérez Serantes fue un precursor y artífice de la defensa de la iglesia cubana a la clase obrera.

La santidad de vida, singular inteligencia y espíritu apostólico y misionero, así como ser un incansable trabajador, hizo que el recién nombrado Administrador Apostólico de Cienfuegos, Mons. Zubizarreta, le nombrara su Provisor y Vicario General, cargos que ocupó de 1916 al 1922 cuando fue preconizado obispo de Camagüey el 24 de febrero de 1922.

El 13 de agosto del mismo año fue consagrado obispo por el que fue su mentor y amigo, Mons. Dr. Fray V. Zubizarreta en la Catedral de Cienfuegos, tomando posesión de sus diócesis camagüeyana el 2 de septiembre del mismo año.

Inmediatamente el nuevo obispo comenzó una sonada visita pastoral en la que trabajó con ardor, evangelizando por ciudades, poblados, rancherías y bohíos, llegando a todas partes con un celo apostólico y misionero que hacía recordar y revivir el apostolado de San Antonio M. Claret por tierras cubanas. Durante más de veintiséis años en que fue obispo de Camagüey cumplió a cabalidad su ministerio de padre y pastor. A él se debe la adquisición, en aquella diócesis, del actual edificio del arzobispado; la fundación de un seminario menor; la restauración de su Catedral, y la construcción de muchas iglesias y capillas. Llevó a su diócesis a numerosas congregaciones religiosas masculinas y femeninas que fundaron colegios, escuelas, hospitales, asilos y clínicas.

Pero fueron las misiones rurales su apostolado predilecto, no perdonando medios para llegar a los más intrincados lugares aunque tuviera que ir a pie, como solía hacer muchas veces.

A la muerte de Mons. Zubizarreta. S.S. el papa Pío XII lo nombró Arzobispo de Santiago de Cuba el 11 de diciembre de 1948, comenzando a servir a esta Iglesia Arquidiocesana con renovados bríos a pesar de sus años y enfermedades, sin escatimar tiempo ni fatigas, dándose a nosotros con un espíritu apostólico y misionero, tal vez sólo superado por su dignísimo predecesor San Antonio M. Claret.

Construyó y reparó templos y capillas a lo largo y ancho de su inmensa Arquidiócesis; fundó colegios y asilos de ancianos. Trajo comunidades religiosas masculinas y femeninas: las Hermanas Sociales, las Catequistas de la Beata Madre Dolores Sopena, las Oblatas de la Divina Providencia, entre otras.

Construyó la Hospedería cercana al Santuario de la Virgen de la Caridad en El Cobre; amplió notablemente el edificio del Seminario San Basilio Magno (hoy Casa de Retiro y Convivencias).

Su andar misionero y evangelizador no se detuvo nunca, ni acobardó ante ningún obstáculo, llegando con la fuerza del Evangelio a todos.

El gobierno arzobispal de Mons. Pérez Serantes, transcurrió a partir de 1953 (año del ataque al Cuartel Moncada) por difícilísimas cir-

cunstancias políticas hasta su muerte en 1968. No tuvo miedo jamás a nada ni a nadie, pues sólo con la fuerza del Evangelio de Jesucristo se enfrentó a la tiranía batistiana y con su bien timbrada voz y valiente pluma denunció los males que padecía la sufrida nación cubana. Se enfrentó cara a cara y sin miedo al general Fulgencio Batista y le pidió en nombre de Jesucristo que se fuera, que abandonara el poder para que volviera la paz a Cuba, aunque nada logró al respecto a no ser la repulsa del gobierno. Personalmente se ocupó de salvar la vida de los atacantes al Cuartel Moncada, saliendo a buscar a la misma Sierra Maestra en compañía del Sr. Enrique Canto Bori a los jóvenes sobrevivientes, para entregarlos vivos en el Vivac y así quitarle al ejército la posibilidad de asesinarlos. Sólo Dios sabe cuántas vidas salvó este valiente Arzobispo durante estos años de lucha insurreccional.

Con sus cartas pastorales, tan criticadas por algunos, pero que son documentos dignos de un Doctor de la Iglesia, fue **la voz de los que no tenían voz** y se hizo respetar no sólo por su valentía sino por sinceridad; y cuando se produjo el cambio revolucionario hacia el marxismo-leninismo, y los derechos de la Iglesia comenzaron a ser conculcados reduciéndose su acción pastoral sólo al interior de los templos, la voz de este anciano venerable y valiente se alzó de nuevo para denunciar y defender a la Iglesia, y todas aquellas libertades y derechos que veía eran pisoteados y suprimidos en nombre de la justicia social. Él supo como nadie dar su voz y sus últimas energías a la verdad y a la libertad, ganándose en la historia de nuestro pueblo y especialmente de nuestra Arquidiócesis el honroso título de Arzobispo de la Dignidad. Jamás se defendió de los burdos y groseros ataques que en la prensa y en la radio se le dirigieron, lo cual nos da una prueba más de su grandeza de alma.

Debido a la escasez de sacerdotes en que sumió a nuestra Arquidiócesis la salida del país de muchos de ellos, especialmente de los religiosos, así como la expulsión que se hizo en el barco Covadonga en septiembre de 1961, Mons. Pérez Serantes se vio obligado a asumir todas las funciones litúrgicas de la Semana Santa en varios pueblos de su extensa arquidiócesis que no tenían

sacerdote que los atendiera y él decidió hacerlo personalmente. Regresó a Santiago de Cuba en la tarde del Domingo de Resurrección literalmente agotado, lo cual, unido a los intensos sufrimientos morales que padecía y a su avanzada edad le propició un infarto masivo que privó a nuestra Arquidiócesis de su venerado padre y pastor, y a toda Cuba del obispo más grande y completo que tuvimos en el pasado siglo, de un obispo **santo*** que supo como Cristo darse a todos sin medida y por eso nuestro pueblo lo recuerda y le ama y espera que algún día se promueva ante la Santa Sede Apostólica su causa de beatificación.

Falleció santamente y con plena lucidez en el sanatorio de la Colonia Española de Santiago de Cuba el 18 de abril de 1968, y su entierro constituyó una multitudinaria manifestación de duelo popular que acompañó el cadáver de su entrañable padre hasta el cementerio Santa Ifigenia donde fue sepultado en el panteón del arzobispado junto al que fuera su predecesor Mons. Zubizarreta.

Sus venerables restos mortales fueron trasladados de ese panteón a nuestra Catedral y reinhumados a la izquierda del altar mayor el 18 de abril del presente año, dentro de las celebraciones del Bicentenario.

Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. Pedro Claro Meurice Estiú.
Décimo cuarto Arzobispo de Santiago de Cuba.



Nació en San Luis, en la antigua provincia de Oriente el 23 de febrero de 1932.

Entró en el Seminario San Basilio Magno el 2 de septiembre de 1944 bajo el gobierno arzobispal de S.E.R. Mons. Zubizarreta, y realizó en él los estudios de Humanidades, Filosofía y los dos primeros años de Sagrada Teología.

En el año 1953 es enviado al Seminario Santo Tomás de Aquino en la República Dominicana donde terminó los estudios de Sagrada Teología. Es ordenado sacerdote en nuestra S.I. Catedral el 26 de junio de 1955 por Mons. Pérez Serantes.

Ya sacerdote es enviado por su arzobispo a estudiar en el seminario de Vitoria, y aquí perfecciona y estudia griego, humanidades y espiritualidad sacerdotal.

Entre los años 1956 y 1958 estudia Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana de Roma, obteniendo la licenciatura en dicha disciplina, regresando a Cuba el 27 de octubre de 1958 siendo nombrado secretario particular de Mons. Pérez Serantes.

Ha sido párroco de San Luis (El Caney), San José (La Maya), Santa Catalina de Ricci (Guantánamo), Ntra. Sra. de la Asunción (Baracoa) y La Sagrada Familia (Vista Alegre). S.S. el papa Pablo VI le nombra Obispo Auxiliar de Santiago de Cuba en el año de 1967, y recibió la Consagración Episcopal el 30 de agosto del mismo año en el Santuario de nuestra madre y patrona la Virgen de la Caridad de manos del inolvidable Mons. Enrique Pérez Serantes.

A la muerte de Mons. Pérez Serantes, es nombrado Administrador Apostólico de nuestra Arquidiócesis, hasta que en el año 1970 su S.S. Pablo VI le nombra Arzobispo de Santiago de Cuba, y tomó posesión de la misma el nueve de septiembre de ese mismo año, gobernando la Arquidiócesis hasta la actualidad.

* Aceptando gustosamente los sabios decreto promulgados por S.S. el papa Urbano XVIII, declaro que el calificativo de santo otorgado a Mons. Barnada es fruto de una opinión personal y en nada quiere prevenir el juicio de la Santa Madre Iglesia al cual nos sometemos humildemente.



IX Semana

La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios.

Pacem in Terris 1

Transcurría el año de 1963, de tensiones enormes en el escenario mundial. El año anterior la humanidad había temblado ante la inminencia de una guerra que hubiese sido devastadora, y mientras aquí sólo sabíamos de amenazas imperialistas, «el mundo, debido a la crisis de los misiles en Cuba, se encontró al borde de una guerra nuclear. Parecía bloqueado el camino hacia un mundo de paz, de justicia y de libertad» (Juan Pablo II). La balanza oscilaba peligrosamente...

Desde el Vaticano, un anciano joven contemplaba el antagonismo de los bloques polarizados, la guerra “fría” amenazaba caliente, y la ciencia no sólo enviaba hombres al cosmos: también crecía la eficacia de las armas: misiles nucleares estuvieron

a punto de desatar otra guerra mundial, y en la cuarta —había dicho Einstein— el arma sería la *porra*.

A la cuarta la porra: ¡había que evitar la tercera!

Recordemos un poco la historia. El 11 de octubre de 1962 comenzó el Concilio que Juan XXIII había convocado, y unos días después, barcos soviéticos tomaban rumbo a nuestro país con misiles de corto alcance. Estados Unidos había bloqueado la Isla, ¿qué pasaría si los americanos disparaban a los soviéticos? La tirantez crecía por minutos y el Papa pensaba: ¿suspender un Concilio recién comenzado?, la respuesta era lógica: NO; esto hubiera sido más alarmante. Entonces, guiado por el Espíritu que aleteaba en él a ojos vista, el día 25

hizo una alocución radial con una vibrante llamada a la paz en la que, entre otras cosas, decía: «Renovamos hoy este llamamiento afligido y suplicamos a los jefes de estado que no permanezcan insensibles a este grito de la humanidad. Hagan todo lo que esté en su poder para salvar la paz: así evitarán al mundo los horrores de una guerra, de la que nadie puede prever las horrorosas consecuencias. Continúen negociando. Sí, esta disposición leal y abierta tiene gran valor de testimonio para la conciencia de cada uno y ante la historia. Promover, favorecer, aceptar tratados, en todos los niveles y en todo tiempo es norma de sabiduría y prudencia, que alcanza las bendiciones del cielo y de la tierra».

El 26 de octubre, el diario oficial del Kremlin, "*Pravda*", publicó el llamamiento del papa en primera plana, subrayando lo dicho por Juan XXIII a propósito de la necesidad de negociaciones. Kruschev envió a Kennedy un extenso telegrama: si los Estados Unidos se comprometían a no invadir Cuba y a no permitir que otros lo hicieran, las cosas cambiarían inmediatamente. Kennedy respondió al jefe soviético que estaba dispuesto a un acuerdo. El 28 de octubre llegó la respuesta de Kruschev: se comprometía a interrumpir los trabajos en las bases de misiles y a iniciar negociaciones. Por primera vez, Kruschev hablaba de los "valores espirituales" de su pueblo. Una tercera guerra mundial había sido detenida justo a tiempo.

En aquella dramática situación Nikita Kruschev dio la orden a las naves soviéticas, que venían hacia Cuba, para cambiar la ruta: se evitaba así la confrontación en términos bélicos; y la paz una vez más quedaba salvaguardada: aunque fuera *in ex-*

tremis. El Papa Juan estaba convencido de que con su mensaje había ayudado a evitar la guerra y sintió que era necesario hacer algo más, una carta abierta al mundo, en lenguaje sencillo, para decir «a todos los hombres de buena voluntad» en qué consiste la paz y cuáles han de ser los caminos para alcanzarla. Así nace en su corazón la encíclica que mayor resonancia tuvo en el siglo XX: la *Pacem in Terris*. De ella se desprende claramente que la guerra *no* es inevitable, ni la paz es *solamente* un don: guerra y paz son productos del obrar humano, y de un obrar del que son responsables los hombres. La encíclica vio la luz el 11 de abril de 1963, fue su testamento, él moriría dos meses después.

Dicen que esta encíclica es un himno a la paz, que construye en los cuatro grandes valores sobre los que se basa: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Pero antes debemos presentarla como un himno a la persona humana, a sus derechos y deberes, a su dignidad plena: «La dignidad de la persona humana es el fundamento de la paz» es como el estribillo recurrente en *Pacem in Terris*. Y es precisamente desde esta perspectiva que se desarrolla y se precisa el valor de la encíclica y toda la sucesiva Doctrina Social de la Iglesia, de la cual constituye un momento evolutivo fundamental e imprescindible...

Quizá se pregunten por qué estoy hablando de algo que pasó hace cuarenta años si la Semana recién ha concluido. La respuesta es simple: esta Semana tuvo como objetivo central la Paz y sus fundamentos: verdad, justicia, amor y libertad, inspirados en la Encíclica *Pacem in Terris* del papa Juan XXIII. Siendo sus objetivos específicos reflexionar sobre los cuatro funda-

mentos de la paz, en cuanto al ser y la coherencia de vida de la persona y para promover la búsqueda, el anuncio y el compromiso social de la paz. La introducción era necesaria.

Pienso que tal vez deba decir primero qué es una Semana Social Católica, y tomo para ello unas palabras del Papa: *...las semanas sociales deben ser expresión de la diaconía de la Iglesia para la sociedad. Una diaconía cultural que ha de ejercerse con un profundo sentido de diálogo...* Y diaconía significa servicio. La Semana es una escuela de pensamiento, una fragua de ideas, y no solamente *ad intra*, al interior, sino con la mirada puesta *ad extra*, para servir a toda la sociedad.

Este año la cita fue en el Camagüey legendario, la tierra del Mayor, y muy cerca de su casa natal donde aún se siente vibrar la epopeya. La vieja casa de la Merced fue la joven anfitriona, con ese su contraste usual de muros ancestrales y fresca acogida; patios que invitan a la meditación y campana llamando a la acción. Y allá, frente a la Catedral, junto a la estatua ecuestre de Agramonte, se efectuó el Gesto público con el cual los participantes exteriorizan su compromiso patrio —no se puede ser cristiano desencarnado: el bautismo compromete—, cerca estaba el parque do se esparcieran al aire las cenizas del Bayardo. A la emoción del momento se unió en mi interior la hondura de aquel día. Un franco simbolismo me atrapó en sus redes, las cenizas de Ignacio —movidas por la brisa— impregnaron en mi alma su fe en el futuro de la Patria. Para eso estábamos allí, para pensar en ella, para buscar caminos de paz a la luz de la *Pacem in Terris*.

Y es que, construir la paz no es tanto ni es sólo cuestión de estructuras, sino de personas. La paz es obra de la mente y el corazón de quienes la buscan. Por eso, la educación para la paz y los gestos de paz crean una tradición y una cultura de paz. Para esto la Iglesia nos ofrece su enseñanza social, con el fin de formar las conciencias y contribuir con conocimiento de causa al debate público.

Por algunos lugares, me dijeron, la ciudad luce unos letreros: *Te quiere y abraza Camagüey*. Rejas de maravilla, puertas de arte, tinajones, calles que serpentean y gente siempre dispuesta a prestar su concurso para hallar la dirección hacen bueno este aserto. Sepa, padre Juan, que los que tuvimos el privilegio de participar en esta IX Semana Social, sentimos de usted y de sus diocesanos, el cariño hecho atención y el abrazo fraterno.

Por eso, acojo las palabras proféticas del Papa: *«Duc in altum!* Caminemos con esperanza», convencida de que esta barca de Pedro que navega en Cuba —quizá calafateada y oliendo a brea, zarandeada pero firme—, a despecho de olas y borrascas, llegará a puerto seguro, porque su timonel es el *pescador* de Galilea. Y esta Iglesia, que también somos tú y yo, fiel al Señor que la sostiene, anhelosa de sol y buscadora de estrellas, pero sin más poder que su propia fragilidad —ésa es su riqueza—, sólo pide que se crea en su amor al horizonte y a esta tierra hermosa, sufrida y plena de esperanzas, donde quiere vivir encarnada compartiendo con su pueblo los momentos dulces y amargos del diario devenir.

Gesto Público

PALABRAS EN EL HOMENAJE A IGNACIO AGRAMONTE, A CARGO DEL DR. ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ.

Así como en el *mismo* corazón de esta antigua ciudad se eleva el monumento a Ignacio Agramonte, en el epicentro de nuestra historia, cultura y conciencias, se yergue su figura, con esa talla excepcional que conmoviera al mismo Martí, quien en página memorable afirmara: “Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella”¹.

A más de ciento treinta años de su caída en los potreros camagüeyanos, Agramonte sigue siendo una figura convocante: hombre de intachables virtudes privadas y cívicas, figura excepcional de nuestro pensamiento ilustrado, defensor de las libertades patrias con el verbo y con la espada, es también ejemplo de esposo, de padre y cristiano muy bien encajado en su tiempo. A tanto tiempo de su tránsito a la inmortalidad, nadie ha podido poner una tacha en su ejecutoria hasta el punto de que más que figura histórica parece héroe de leyenda romántica o la mejor encarnación del naciente ser de lo cubano en su siglo. Nacido en un hogar donde había más cuarteles de nobleza que onzas en las arcas, recibió de sus padres Ignacio Agramonte Sánchez Pereira y Filomena Loynaz, la austera educación que ofrecían las familias de su tiempo: piedad, estudio y amor al hogar eran los valores que vertebraban su cultura. Sobre estos cimientos iba a forjar el mayor de los pedagogos cubanos de su tiempo: Don José de la Luz y Caballero, en su colegio El Salvador, a un hombre excepcional.

Don Pepe, el que enseñaba ética con las cartas de San Pablo abiertas y el que a través del diálogo, como Sócrates, inculcaba en sus alumnos una filosofía sencilla y vital, debió



repetir muchas veces ante el joven Ignacio, en aquellas memorables pláticas sabatinas, los aforismos que iban a forjar en él una moral superior: “La verdad y sólo la verdad nos pondrá la toga viril”, “hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor y la electricidad: la voluntad” y sobre todo aquella que parece glosar el Evangelio en una línea: la doctrina del sacrificio es la madre de lo poco que somos, dígalo el Gólgota”². Como asegura la escritora Aurelia Castillo la vida de Ignacio Agramonte es “una de las más excelsas en que puso algo de sí el grande educador, que es de justicia abonársela en su brillante cuenta, para eterno amor de las almas cubanas”³.

Los avatares de la guerra impidieron que Agramonte tuviera una apreciable carrera como abogado, pero es posible descubrir su

excepcional talento para ello, gracias a que se conserva el discurso que en junio de 1865 pronunciara con motivo de su investidura como Licenciado en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de la Habana, que retrata de cuerpo entero sus convicciones. Defiende allí la vida social como de derecho natural y no por el contrato social de que hablaban Hobbes y Rousseau, el estado es un garante del orden que está obligado a hacer felices a sus ciudadanos y bajo ningún concepto puede quebrantar los derechos de estos: “Estos derechos del individuo son inalienables e imprescriptibles, puesto que sin ellos no podrá llegar al cumplimiento de su destino; no puede renunciarlos, porque como ya he dicho, constituyen deberes respecto a Dios, y jamás se puede renunciar al cumplimiento de esos deberes”⁴. Con asombro debieron escuchar los miembros del tribunal aquella defensa de las libertades de conciencia y expresión y el rechazo a todo tipo de censura contraria a la razón y la justicia. “Funestas son las consecuencias de la intervención de la sociedad en

la vida individual; y más funestas aún cuando esa intervención es dirigida a uniformarla, destruyendo así la individualidad, que es uno de los elementos del bienestar presente y futuro para ella”⁵.

Es este letrado el que muestra su verbo brillante en la Asamblea de Guáimaro, siempre al lado de las causas más radicales, el que ayuda a restringir las facultades omnímodas al Presidente de la República y a los jefes militares, por miedo a la tiranía y el que aboga por la abolición total y sin indemnización de la esclavitud, no porque él careciera de esclavos -- como afirmaron algunos maliciosos- sino porque no podía concebir que la República conviera con esa tacha moral un solo instante.

Otros elogiarán al guerrero: su espíritu de justicia, su valor casi sin límites, la estrategia natural y las dotes de organizador. Confieso que me atraen sus pequeños gestos, desde el obligarse a no comer nada mejor que aquello de que dispusiera su tropa, hasta el reprender a un subordinado porque se negaba a comandar



un pelotón de chinos a los que consideraba revoltosos e insubordinados. En cada instante, Ignacio procuró eliminar los restos de racismo y discriminación social que sobrevivían en la campaña. Y a la vez se negó sistemáticamente a la murmuración, a las pequeñas y grandes sediciones e inclusive a ciertas groserías que como “cosas de hombres” se permitían algunos de sus camaradas. Si el rescate de Sanguily me parece admirable, no lo es por lo arriesgado de la acción misma, sino porque el Mayor prefirió no ver, al menos por el momento, la indisciplina del camarada que ponía en tal apuro a la tropa, sino que se guió más por principios humanistas y altruistas y no por la pragmática militar.

Creo que no se ha escrito suficientemente del otro Agramonte: del hombre fiel a su esposa. cuando era común serlo sólo en las apariencias. del que aprecia la vida del hogar hasta el punto de que procura conservarla en la manigua y salir de su casa al combate como los guerreros antiguos, en vez de vivir en campamento, mientras eso es posible, del que se arriesga a ser sorprendido por el enemigo para asistir al cumpleaños de su hijo. Es que él, aún en medio de la guerra, es esencialmente hombre de paz: Martí recogió entre los que le conocieron estas palabras que tan bien lo dibujan: “Jamás. Amalia, jamás seré militar cuando acabe la guerra! Hoy es grandeza y mañana será crimen. ¡Yo te lo juro por él, que ha nacido libre! Mira, Amalia: aquí colgaré mi rifle y allí, en aquel rincón donde le di el primer beso a mi hijo, colgaré el sable”⁶.

Uno de los más hermosos momentos de la literatura epistolar cubana, está formado por el conjunto de cartas cursadas entre Agramonte y Amalia Simoni. Comenzaron a escribirse desde su noviazgo y apenas contraídas las nupcias, tuvieron que volver a hacerlo, hasta el final, cuando la esposa y los hijos son forzados a marchar al exilio. Más allá de la belleza del lenguaje, nunca se había hablado en Cuba de ese modo del amor a la pareja y del amor a

la Patria, sin que hubiera entre ellos valladarez, ni falsas dicotomías. Es que el amor personal allí estaba tan unido a la razón y la justicia, que desbordaba todo egoísmo y resplandecía como un sol para todos.

Es explicable que en esta ocasión una Semana Social realice aquí, junto al bronce que lo recuerda, su gesto público, más aún si es un encuentro dedicado a la paz. Sí, esto es tan justo, como lo fue, aquel memorable 23 de enero de 1998, la celebración de la eucaristía junto a otro de sus monumentos, por Su Santidad Juan Pablo II cuando visitara esta ciudad. Es que Agramonte no sólo coronó su pensamiento con un consecuente cristianismo cuando otros muchos se inclinaban por el deísmo, el agnosticismo o el ateísmo, sino que es un ejemplo de laico encarnado en la cultura de su tiempo, sin apocamientos ni vacilaciones. Pudo escribir Martí: “De Céspedes el ímpetu, y de Agramonte, la virtud. El uno es como el volcán, que viene, tremendo e imperfecto, de las entrañas de la tierra; y el otro es como el espacio azul que lo corona. De Céspedes el arrebató, y de Agramonte la purificación. El uno desafía con autoridad como de rey: y con fuerza como de la luz, el otro vence”⁷.

Son esa virtud, ese espacio azul y esa luz, las que en un nuevo siglo nos convocan ante su imagen. Hombres como Agramonte son los que forjan la paz que tanto necesitamos, Dios permita que como él haya muchos entre nosotros.

Muchas gracias.

-
- 1 José Martí: “Céspedes y Agramonte”. En: *Obras Completas* La Habana. Editorial Ciencias Sociales, 1975. Tomo 4, p. 361.
 - 2 José de la Luz y Caballero: “Aforismos”. En: Salvador Bueno: *Historia de la literatura cubana*. La Habana, Editora del Ministerio de Educación, 1963, p. 167-168
 - 3 Aurelia Castillo: *Ignacio Agramonte en la vida privada*. La Habana. Editora Política, 1990, p. 1.
 - 4 Ignacio Agramonte: *Patria y mujer*. La Habana. Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1942, p.35.
 - 5 *Ibid.* p41.
 - 6 José Martí: “Céspedes y Agramonte”. Ed. cit, p. 361
 - 7 José Martí: “Céspedes y Agramonte”. Ed. cit. p.358



VATICANO. 22 de octubre de 2004

Mons. Juan García Rodríguez

Arzobispo de Camagüey

Presidente de la Comisión Nacional Justicia y Paz
Camagüey

Señor Arzobispo:

En nombre de Su Santidad Juan Pablo II me es grato enviar un cordial saludo a quienes están participando en los trabajos de la *IX Semana Social Católica de Cuba*, que tiene lugar en Camagüey, organizada por la Comisión Nacional de Justicia y Paz, y que tiene como tema: "La verdad, la justicia, el amor y la libertad, fundamentos de la paz según la *Pacem in terris*".

1. En realidad, en la incesante misión de anunciar el Reino de Dios en las diversas culturas, naciones y ambientes, la enseñanza y aplicación de la Doctrina Social católica es un magnífico instrumento de evangelización. Para la Iglesia, enseñar y difundir esta Doctrina "pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia social en el testimonio de Cristo Salvador. Asimismo viene a ser una fuente de unidad y de paz frente a los conflictos que surgen inevitablemente en el sector socioeconómico" (*Centesimus annus*, 5). Más aún, esas enseñanzas del llamado "Evangelio social" deben ser inculturadas, de manera continua y perseverante, en las circunstancias concretas en las que los fieles cristianos están llamados a transformar la sociedad con la fuerza y la luz del Evangelio.

2. El esfuerzo por actualizar los frutos del misterio de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo exige de todos los hijos e hijas de la Iglesia en Cuba un renovado y profundo empeño por estudiar, asumir y poner en práctica la sana doctrina. Al mismo tiempo, se ha de favorecer una presentación del pensamiento social cristiano acorde con los rasgos fundamentales de la identidad del pueblo cubano, que pueda ser comunicado en un lenguaje comprensible para sus conciudadanos, e iluminar así la existencia humana y la realidad social. Esto favorecerá, sin duda, una conversión y un estilo de relaciones sociales basadas en el respeto, la defensa y la promoción de la dignidad y los derechos inherentes a toda persona humana.

3. A este respecto, es necesario fomentar actitudes más que palabras, gestos y proyectos de justicia y de paz, haciendo actual lo que el Papa expresó al recordar su inolvidable visita a Cuba: "Ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional... significa también estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad". (Mensaje, *I aniversario de su Visita a Cuba*, 22 enero 1999).

4. La *IX Semana Social Católica de Cuba* debe tener muy en cuenta las peculiares circunstancias por las que atraviesa ese noble y querido pueblo. El Papa recuerda vivamente el rostro de tantos cubanos y cubanas que tuvo la dicha de encontrar en su peregrinación apostólica a esa preciosa Isla.

Fue especialmente conmovedor el encuentro con el mundo del dolor, en el Santuario San Lázaro de El Rincón. Allí recordaba que “la indiferencia ante el sufrimiento humano, la pasividad ante las causas que provocan las penas de este mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de los pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren” (La Habana, 24 enero 1998, n. 4).

5. Los temas escogidos para esta Semana Social Católica son, sin duda, una respuesta a este clamor de los que sufren. En efecto, la Encíclica *Pacem in terris*, del Beato Papa Juan XXIII, en la que se inspiran los trabajos de esa asamblea, conserva hoy todo su vigor. La paz debe ser edificada y defendida incluso en ausencia de conflictos militares. La paz verdadera, que es un don y una tarea, debe ser asumida como una responsabilidad de todos, como decía el recordado Papa bueno. El fundamento y los caminos de esa paz auténtica y duradera son “la verdad, la justicia, la libertad y el amor”, caminos que deben ser abiertos tanto en las relaciones interpersonales como en las relaciones entre los ciudadanos y los poderes públicos; tanto en las relaciones entre los Estados como en la edificación de una Comunidad mundial de todos los pueblos, cuya constitución es una exigencia urgente del bien común universal (cf. n. 7).

6. La solución pacífica de los conflictos es hoy una señal elocuente de la alta conciencia cívica de los ciudadanos y de las autoridades con las mayores responsabilidades en el País. Es también un signo de la voluntad de éstas para resolver las crisis sociales, económicas y políticas bajo el imperio de la justicia y la paz, del diálogo y la reconciliación. Es un deber y un derecho de cada ciudadano esforzarse por encontrar, entre todos, una salida pacífica de las crisis. Pero es igualmente un deber muy especial de los laicos cristianos, que tienen como exigencia de su vocación y misión dentro de la Iglesia ser luz, sal y fermento en la transformación de la sociedad en la que viven y a la que sirven desde la verdad y la libertad de los hijos de Dios.

7. Así lo expresaba el Papa en su *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2003*: “La religión tiene un papel vital para suscitar gestos de paz y consolidar condiciones de paz” (n. 9). Por eso cabe destacar otro aspecto del mismo Mensaje, que puede iluminar esa magna asamblea de estudios sociales de Cuba: “Hay una relación inseparable entre el compromiso por la paz y el respeto de la verdad. La honestidad en dar informaciones, la imparcialidad de los sistemas jurídicos y la transparencia de los procedimientos democráticos dan a los ciudadanos el sentido de seguridad, la disponibilidad para resolver las controversias con medios pacíficos y la voluntad de acuerdo leal y constructivo que constituyen las verdaderas premisas de una paz duradera” (n. 8). Es de esperar, pues, que el análisis de la realidad en la que se vive, las líneas de pensamiento y las propuestas de acción emanadas de este “laboratorio cultural” que debe ser la *IX Semana Social Católica*, sirvan para que los católicos de ese amado País puedan dar la debida contribución cristiana al futuro de Cuba.

8. En esta circunstancia, el Santo Padre anima a todos a no desfallecer nunca, fomentando “la esperanza contra toda esperanza” (cf. *Rm* 4,18), manteniendo fuerte el ánimo y perseverando en la fe y en la caridad. Con estos vivos deseos, invoca la constante intercesión de la Virgen de la Caridad, que coronó como Reina y Madre de todos los cubanos, a la vez que les imparte con gran afecto la Bendición Apostólica.

Al implorar también del Señor que conceda abundantes frutos a esa Semana, me complace reiterarle, Señor Arzobispo, los sentimientos de mi consideración y estima.

Cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado

Para el Camino de la Paz en Cuba

A modo de conclusión de la IX Semana Social...



CRITERIOS DE PENSAMIENTO

1. El ejercicio coherente de la verdad, uniendo la palabra a la vida forma personas de paz.
2. El camino de la búsqueda y la defensa de la verdad no excluye el tránsito por los conflictos.
3. Vivir en la verdad implica asumir sacrificios; sin ellos, no puede lograrse. Se paga a veces un alto precio por la verdad.
4. La tolerancia, el respeto y la confianza en el otro hacen posible el diálogo y la búsqueda común de la verdad.
5. El discernimiento ético de la verdad en comunidad evita la posibilidad de ser manipulados y permite el diálogo con las culturas.
6. Tanto el colectivismo marxista como el capitalismo neoliberal entrañan una doble moral.
7. El Proyecto Varela y otros proyectos que puedan surgir, son elementos nuevos en la búsqueda de la verdad.
8. La justicia en toda sociedad tiene su máxima expresión en un ordenamiento jurídico e institucional que garantice la protección de los derechos humanos y el cumplimiento de los deberes ciudadanos. Cuando los derechos humanos no son respetados, el Estado es responsable internacionalmente de esas violaciones.
9. La imparcialidad de la justicia y la legalidad de los juicios son garantía de un debido proceso y constituyen un derecho inalienable. No hay posibilidad de acceder a la justicia sin un marco legal adecuado.
10. Una justicia sin misericordia es la suma injusticia.
11. La tarea de la justicia es imposible si no se inspira en una espiritualidad de servicio al otro.
12. La existencia de una sociedad civil fuerte es garantía para el acceso a la justicia.
13. Es fundamental reconocer la responsabilidad y el protagonismo que tienen los cubanos en la forja de una sociedad democrática. La ayuda y cooperación internacional no puede inhibir esta responsabilidad.
14. Es imperativo de la justicia optar preferencialmente por los excluidos.
15. La libertad individual tiene un límite en la ética; La libertad es oportunidad y capacidad para elegir el bien.
16. No basta tener libertad, sino saber qué hacer con ella. La libertad es un don de Dios y se manifiesta en la entrega por amor a los demás.
17. El respeto y promoción de las minorías es parte constitutiva de una auténtica democracia.
18. El respeto a la vida privada y a la honra es un derecho de la libertad personal y familiar.
19. Incluso en la democracia, único clima adecuado para el ejercicio de la libertad, en ocasiones, la voz de las minorías pueden ser reclamos de las libertades que las mayorías impiden que se expresen.
20. Los laicos cubanos tienen la oportunidad de ejercitar su libertad política participando en iniciativas de diálogo que llevan a la reconciliación nacional.

21. La pasividad y la renuncia de los derechos apoya y fortalece a los que ejercen un poder autoritario y violan los derechos humanos.

22. El amor oblativo es fuente de humanización y fermento de **paz**.

23. El amor conduce al compromiso con los más pobres y debe inspirar los procesos de amnistía.

24. Sólo el amor es capaz de cerrar las grandes heridas de nuestro pueblo. El amor debe inspirar el proceso de verdad, justicia y reparación, el perdón y la reconciliación nacional.

25. El diálogo en el amor debe llegar a todos los estratos de la sociedad incluidos los cubanos del exilio.

26. La caridad en los ambientes es expresión del compromiso político del laico.

27. Creer en la fuerza de lo pequeño como expresión de la fuerza del amor en la vida cotidiana.

28. La autoridad moral de los líderes se sustenta en el amor oblativo.

29. La verdadera adultez del laicado está en la vivencia de una espiritualidad cristiana que destaque la dinámica de la encarnación y la redención en clave de esperanza.

30. La vida en comunidad y el discernimiento evangélico son garantía del compromiso de los cristianos por la justicia y la paz.

GESTOS Y ACCIONES PROPUESTAS

1. Desarrollar procesos de discernimiento personales y en grupo para iluminar los pasos por el camino de la paz en las actuales circunstancias de nuestra sociedad

2. Favorecer la formación de nuestros agentes (sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos) a través de:

-centros de formación cívica para favorecer una educación liberadora desde nuestra fe en la consolidación de nuestro compromiso social;

-implementación de los cursos de DSI,

-formación de animadores laicos en los ambientes sociales, políticos, económicos y culturales;

-preparar manuales y talleres de educación popular para contextualizar los derechos y deberes, la DSI y la información para ambientes más sencillos;

-la formación de los miembros de la familia a través de valores y virtudes y la educación en el respeto y el diálogo.

3. Apoyar iniciativas encaminadas a promover el diálogo y la reconciliación entre los cubanos, exhortando a la participación en la sociedad civil.

4. Promover, consolidar y extender las experiencias de consultorías jurídicas, psicológicas y familiares como espacios de servicios a la sociedad civil desde nuestras comunidades cristianas.

5. Promover talleres para la solución pacífica de los conflictos.

6. Apoyar la petición de amnistía para todos los presos políticos pacíficos de nuestro país.

7. Crear y/o fortalecer la Comisión Justicia y Paz en nuestras diócesis favoreciendo: talleres sociales y de formación, el estudio y divulgación de la DSI, en el acompañamiento personal y familiar en las diversas violaciones de los derechos; en el anuncio y denuncia de la verdad .

8. Cultivar la coherencia entre fe y vida a través de la vivencia de nuestra espiritualidad cristiana según nuestros dones, carismas y ministerios, incidiendo con nuestro protagonismo personal (laicado más activo) en los diferentes ambientes sociales, a través de talleres de oración y/o espiritualidad que Favorezcan la vida interior del cristiano y su encarnación; a través del discernimiento para la acción de los cristianos en comunidad, a la luz del Evangelio y a la moral social expresada en la DSI; asumir en nuestra vida cotidiana autonomía personal, pensamiento libre y respeto a la diferencia.



**A la protección de la Virgen de la Caridad del Cobre,
Reina y Patrona de Cuba, confiamos hoy esta
Arquidiócesis primada en sus doscientos años de
existencia. A Ella le dirigimos también, desde lo
hondo de nuestros corazones, una oración por toda
la Iglesia en Cuba, por el bien de nuestra Patria y
por el triunfo del amor entre todos los cubanos.**

Cardenal Jaime Ortega Alamino